

Más que perversos, ignorantes.

Una escuela del corazón

José A. GARCIA

«Escuela del corazón» es una expresión de procedencia ignaciana. De hecho, a la última etapa de formación de los jesuitas, conocida como «tercera probación», Ignacio de Loyola la llamó *schola affectus*, «escuela del corazón» (Const. 516). No sólo esa etapa. Cabría preguntarse con razón si toda la obra escrita de Ignacio -Autobiografía, Ejercicios, Constituciones, Cartas- no es una colosal escuela dedicada toda ella a la tarea de unificar el corazón. Una escuela del corazón en la que aprender a recibirnos totalmente de Dios y a entregarnos totalmente a su Reino. Ésa es al menos mi modesta convicción.

El objetivo de este artículo no se centra, como puede suponerse, en la descripción de esa etapa de formación jesuítica, de sus objetivos y de sus métodos. Trata más bien de rastrear en la obra más conocida y universal de Ignacio, los *Ejercicios Espirituales*, algunos rasgos constitutivos de esa escuela, algunos de sus análisis y terapias. Aquellos, sobre todo, que cada uno de nosotros podría reconocer como apropiados a sí mismo e impresos en la estela de su deseo. ¿Existe acaso algún anhelo mayor en el corazón creyente que el de unificarse amorosa y activamente con Dios, no sólo en el ámbito religioso de la oración, sino también en el espesor mismo de la vida? Ése es el objetivo de estas líneas.

1. Corazón unificado versus corazón disperso. El ataque frontal de tres obsesiones

Cuando, en una lectura teologal de nosotros mismos y del mundo, nos vemos como criaturas que surgen del amor de Dios, y cuando esa lectura no es sólo afirmación de la mente, sino vivencia interior y desbordante, comienza a generarse en el corazón humano un movimiento de unificación hacia Dios. Ese movimiento está hecho de confianza, de canto, de amor, de entrega... «Desde el momento en que entendí quién es Dios para mí, supe que ya sólo podría existir para él», decía Charles de Foucauld aludiendo a esta experiencia básica de la fe. Se realice o no en nosotros esta afirmación del santo del desierto, lo cierto es que hacia ella apunta la experiencia creatural cristiana de ser hijos e hijas de Dios.

Leídas en esa misma clave teologal, las cosas son también criaturas, no simples datos brutos. También ellas tienen su raíz en Dios, son cosas sagradas. También ellas aspiran a entroncarse junto con el ser humano en ese movimiento de alabanza y servicio al Creador. El hombre no puede disponer de ellas a su antojo.

Ahora bien, este doble movimiento, según el cual todo viene de Dios y todo anhela volver a él entroncándose en su Sueño sobre el Mundo, es una realidad amenazada. ¿Por quién? El sujeto de esa amenaza es el propio corazón humano. El campo sobre el que se extiende, la realidad exterior a él.

Por ser imagen de Dios, y porque Dios es Amor, el corazón del hombre es capaz de lo mejor: tiene, dada por Dios como don de creación, la potencialidad de amar a los demás con el mismo amor con que Dios le ama, es decir, con un amor gratuito y benéfico. Pero por ser una imagen «empañada por la limitación y por la culpa», el corazón humano es capaz también de lo peor: de negar su origen y salir al encuentro con la realidad desde sus potencialidades necrófilas; de vivir a espaldas y distorsionando la imagen esencial de su Creador.

Permítaseme, para aclararlo, acudir a una experiencia que es de todos. Cuando nuestro corazón está centrado en Dios, es decir, cuando se recibe de él y vive para él, todo está en su sitio, todo va bien. Las cosas no son tentación, y las personas tampoco. Ni siquiera nuestro propio y ambiguo yo es tentación. Hasta nuestros instintos más primarios quedan asumidos en esa corriente de amor recibido y amor entregado.

Pero cuando se produce un descentramiento del corazón, un corte con respecto a su Fuente y, por tanto, a su destino; cuando el corazón es presa del diablo (*dia-ballo* significa separar: el diablo es todo aquello que separa, escinde, disgrega), entonces todo comienza a descabarse. Personas y cosas pasan a ser puros objetos del deseo; el yo humano se convierte en un depredador; los instintos básicos se transforman en obsesiones.

Entonces es cuando el instinto de vivir se transforma en obsesión por la salud y la duración; el instinto de tener, en codicia de poseer; el instinto de valer, en obsesión por el prestigio y el poder. Es la deriva del corazón humano, el retorcimiento de su vocación más profunda. Cosas, personas y hasta el propio yo, se convierten para el hombre en señores de su libertad y de su destino. De este modo el vacío de Dios en el corazón humano se puebla de obsesiones. En vez de disponer de su vida, el ser humano se convierte en víctima mortal de sus propias equivocaciones.

¿Qué sucede para que pueda producirse un vuelco tan brutal, ese travestismo del corazón humano que - ésa es la trágica verdad- está en el origen de todos los males de la humanidad?

La visión que Ignacio de Loyola tiene del hombre es la de un ser en el que se mezclan la gracia de Dios con la maldad y la ignorancia humanas. Así de ambiguo percibió su corazón. En esa visión, sin embargo, no hay ninguna novedad. Hay que preguntarse -porque ésa es la verdadera cuestión- cómo vio él la salida de esa situación, la superación del estado de alienación en que la ignorancia y la culpa sumen al hombre. Dicho en términos de escuela, a qué ejercicios habrá de someterse el hombre para reorientar su corazón hacia Dios y re-unificarse de nuevo; qué lecciones habrá de estudiar y aprender.

Voy a referirme fundamentalmente a tres:

2. Primera lección - ¿«Qué sabéis de salvación vosotros, los que nunca habéis pecado»?

Con estas palabras fustigaba Bernanos a determinados cristianos de su tiempo, ese cristianismo farisaico que, puesto que se cree inmaculado, no tendría necesidad alguna de salvación. En este punto Bernanos coincide totalmente con Ignacio. O al revés, si se prefiere. La re-unificación del corazón comienza con la experiencia de la gracia en la experiencia misma del pecado.

La primera lección que aprende el hombre en la escuela de los Ejercicios es, ya lo hemos dicho, que todo tiene su asiento en Dios, que «en él nos movemos, existimos y somos... él que a todo da la vida, el aliento y todas las cosas», como decía Pablo, y que, por tanto, todo ha de volver a él en un movimiento de amor recibido y amor entregado. Ésa es la primera lección, el proyecto original de Dios sobre la humanidad y sobre cada uno de nosotros. «En el comienzo era la gracia, esa gracia».

Pero al echar una mirada al mundo y a sí mismo, el ejercitante descubre inmediatamente que eso no es así. Que lo que impera frecuentemente en él y a su alrededor no es la gracia, sino el pecado. No la comunión, sino la ruptura. No la paz con los demás y con Dios, sino la discordia de los corazones. ¿Por qué? ¿Qué ha sucedido en el mundo para que se haya producido tamaña inversión del plan original de Dios?

«Tú también eres culpable», es lo primero que va a aprender quien entra en esta escuela del corazón. Ignacio mina la buena conciencia de todo escolar y ejercitante. Lo que sucede en el mundo no es una historia entre buenos y malos, sino una historia universal en la que todos estamos implicados. En un segundo momento de esa misma lección, Ignacio minará también el recurso a privatizar y subjetivar nuestra conducta. El pecado no es un problema de conciencia que se reduzca al ámbito privado de nuestra relación con Dios. Es cosa pública, cosa cósmica. Tiene efectos concretos y medibles en el mundo, en la Iglesia, en uno mismo. Es éticamente malo y estéticamente feo.

Pero lo que intenta maestro Ignacio al minar el suelo sobre el que se asienta el ejercitante no es dejarle peligrosamente al aire, sin bases en que apoyarse. Lo que trata de lograr es que busque otra base de sustentación más firme que la de sus obras, por una parte, o la de su auto-flagelación, por otra. ¿Cuál?

La experiencia de verse no sólo como criatura que surge del amor de Dios, sino también como pecador acogido por la misericordia cuando la culpa rompe la comunión con Dios. El drama de nuestro alejamiento de Dios, al igual que el del exilio del mundo con respecto a él, sucede siempre en el ámbito de la Bondad de Dios, de su sufrimiento por nosotros, de su llamada a volver a la comunión con él.

Al entrar en esta experiencia, el corazón humano se rompe. ¡Tanta Bondad como respuesta a tanto alejamiento! ¡Tanto Amor y sufrimiento -el Crucificado es el Icono de ambas cosas- como respuesta a tanto mal infligido!

Ahora podemos entender mejor la afirmación de Bernanos. Sólo quien se sabe pecador sabe de salvación y reconoce al Crucificado como su Salvador. Quien no se sabe pecador no puede entender de salvación, carece de esa experiencia.

Lo que rompe al corazón humano al llegar aquí y le pone en camino de vuelta hacia la comunión con Dios y la re-unificación de todas sus potencialidades es el *agradecimiento*. Nunca insistiremos bastante en que el agradecimiento constituye el quicio antropológico de la escuela ignaciana del corazón. Y en que, por tanto, ése es el ejercicio más repetido y más necesario para progresar en dicha escuela. A mayor agradecimiento, mayor unificación del corazón en Dios. A poco agradecimiento, poco deseo de Dios, poca unificación con él. Pero ¿cómo no sentirse agradecidos ante la doble revelación que nos trae Cristo: la de ser criaturas amadas por Dios y la de ser, además, pecadores acogidos por su Misericordia?

Todo termina con una confesión y una pregunta: «Gracias, Señor, por tanto amor, por tanta bondad, por tanta acogida. ¿Qué puedo hacer contigo y por Ti?». El corazón se concentra sobre sí, se llena de agradecimiento y alegría, se dispone a devolver a Dios y a los demás el amor que ha recibido. Un amor que

sale de nosotros y es verdaderamente nuestro, pero que nos llega previamente de Otro. Un amor “satélite” del amor de Dios (I. González Modroño)

3. Segunda lección: “Hay cosas que son mentira, pero que aparecen como verdad. Ahí radica su atractivo”

Al avanzar en la escuela ignaciana del corazón, nos encontramos con una segunda lección, importante y no fácil de aprender. En ella es donde Ignacio se acerca más a la hipótesis antropológica del comienzo: que en el ser humano la ignorancia es mayor que su maldad; o, dicho de otra manera, que gran parte de nuestra maldad deriva de nuestra ignorancia y falta de lucidez con respecto a los engaños en que nos envuelve el Maligno. Veámoslo paso a paso:

Llama mucho la atención que a los cuatro días de tomar la decisión de seguir a Cristo, es decir, en el cuarto día de la segunda semana de Ejercicios, Ignacio dé un frenazo en seco al proceso de las contemplaciones de la vida de Cristo para introducir en él un brusco e inmisericorde chequeo a la decisión de seguir al Señor. ¿Por qué un parón así, una sospecha tan frontal de que el seguimiento del Señor, tan personal y tan reciente, pueda estar basado en fundamentos falsos, en mentiras tenidas por verdad?

Nos encontramos aquí, creo yo, con una de las intuiciones más certeras de Ignacio sobre la naturaleza del corazón humano y sobre el modo en que es engañado por el «Diablo» bajo apariencias de verdad y de bien.

Para Ignacio la primera y mayor tentación del corazón humano es la «codicia de riqueza». Por qué sea así, no lo explica; parte de ese dato. Lo que sí afirma es que, una vez atrapado en esa codicia, el ser humano rueda imparablemente escaleras abajo (en este caso escaleras arriba), primero hacia la búsqueda de prestigio y de poder, después hacia la soberbia, y de ahí a todos los vicios (EE 142).

Al colocar su famosa meditación de *dos Banderas* en un ámbito de seguimiento de Cristo, Ignacio está suponiendo que ese proceso mortal puede darse también en el interior del seguimiento del Señor, no sólo fuera de él. ¿Cómo es posible una cosa así? Sólo si somos engañados. Sólo si tomamos como verdad lo que es una mentira encubierta. En caso contrario, el engaño no prosperaría.

El corazón del hombre, por decirlo así, está hecho de materia noble y de profundos agujeros negros. Su materia noble le viene de su capacidad de amar, de su disposición a la comunión, de su apertura a la trascendencia humana y religiosa. No olvidemos que el ser humano es imagen de Dios...

Sus agujeros negros provienen de su limitación creatural, y también de su pecado. Esos agujeros negros del corazón que toman el nombre de inseguridad, temor, desconfianza, exposición a la enfermedad, miedo al futuro y, finalmente, a la muerte... ¿Qué salida buscar a tanta herida antropológica, a tanta inseguridad del propio yo, a tanta indignidad del corazón?

Hay una primera respuesta que parece estar inscrita en el propio movimiento de la angustia humana. Es una respuesta falsa, pero que aparece como verdadera: en eso radica su capacidad de engaño; por eso nos atrapa con tanta facilidad. «Lo que calma y apaga la angustia que produce la inseguridad, el temor, el miedo al futuro, es la riqueza. Si logramos rodearnos de muchos bienes -sean éstos materiales, como el dinero, o espirituales, como las cualidades y los saberes-, se acabó toda inseguridad, todo miedo, cualquier tipo de angustia». Eso es lo que sugiere esa primera y natural respuesta.

¿No es normal pensar así? ¿No radica en esa lógica aparente el hecho de que tantos hombres y mujeres seamos presa de ese engaño? Porque engaño, ciertamente lo es; y consecuencias de corto y largo alcance, ciertamente las tiene: el miedo provoca una destructiva ansia de poseer y de vivir que no se para ante nada ni ante nadie, como sabemos por experiencia propia y ajena. Pero se trata de un engaño nada evidente.

Ignacio ha visto con gran lucidez, por otra parte, que el corazón que se hace víctima de la codicia de riqueza pasa inevitablemente a depender de su imagen social, y de ahí a buscar a toda costa un «vano honor del mundo» (prestigio) que termina en opresión y soberbia. Estos dos estadios últimos son consecuencia del primero. El mal radical está, sin embargo, en el primero, en la “insaciable codicia del corazón pervertido”, en expresión de J. Moltmann.

Bien, hasta aquí la descripción del proceso. ¿Cuál es la terapia? ¿Qué ejercicios propone la escuela ignaciana del corazón para curarse de esa enfermedad mortal?

Dos principalmente. El primero consiste en tomar conciencia de la trampa, en pedir la gracia del “conocimiento de los engaños del mal caudillo y ayuda para dellos me guardar” (EE 139). Se trata de un ejercicio de lucidez tanto más necesario cuanto que existen formas de riqueza personal o de medios apostólicos -inteligencia, formación, determinadas instituciones, etc.- que no sólo no son malas en sí, sino que pueden ser buenas para los demás y para el Reino. El engaño sucede cuando nuestro corazón se engancha pulsionalmente a esas riquezas hasta depender de ellas, en cuyo caso dejan de ser mediaciones del Reino

para convertirse en ídolos del propio corazón. De ellos se espera la salvación, no de los demás ni de Dios. «Este hambre de disfrute, de posesión y de poder, esta sed de reconocimiento por el éxito y la admiración, ésta es la perversión del hombre moderno. Éste es su ateísmo. Y así se convierte el hombre en un desgraciado y altivo mini-dios» (J. Moltmann).

El segundo ejercicio comienza también por la cabeza, para terminar, esta vez, en el corazón. Se trata de pedir «conocimiento de la vida verdadera que nos muestra el sumo y verdadero capitán, y gracia para le imitar» (EE. *ibid.*) Es decir, que en la doble confrontación mal caudillo-sumo y verdadero capitán, engaños-vida verdadera, la mente y el corazón se decidan por Cristo Jesús. No por un Cristo cualquiera, tal vez el imaginado por mí a la medida de mi deseo, sino por el Jesús de los Evangelios, el Cristo pobre, humilde y humillado, el Crucificado. Si ése es el deseo profundo de mi yo, nacido de un amor personal al Señor, mi corazón aflorará la identificación con él más que ninguna otra cosa, Y cuando tenga que usar determinadas formas de riqueza, personales o institucionales, no serán ya tentación para él, sólo instrumentos de un mayor servicio. Esa atracción que ejerce Cristo sobre nuestro corazón neutralizará nuestras afecciones desordenadas, creando en nosotros un *corazón puro*. Más aún, el amor a Cristo podrá llegar a ser tan profundo y personal en nosotros que lleguemos a desear una vida como la suya: pobre, humilde y humillada. *Por nada y para nada*. Simplemente, por identificación amorosa con la suya.

¿Qué ha sucedido en todo ese ejercicio con los famosos «agujeros negros» del yo? Siguen ahí, pero están terapeutizados por la presencia y la Paz del Señor, nuevo dueño y guía de nuestro corazón. La Paz de Cristo resucitado, vivo y realmente presente en nuestra vida, amado sobre todas las cosas, es la que neutraliza el miedo del que nace la codicia del corazón y todas sus nefastas consecuencias de corto y de largo alcance. «Si nos deja el miedo... pasa también el destructivo afán de vivir: podemos reducir nuestros deseos y pretensiones a nuestras necesidades naturales. Dejan de seducirnos los sueños de poder y felicidad... con los que se engendra en nosotros la indigencia artificial» (J. Moltmann). «No temáis, soy yo».

4. Tercera lección: «Que el mundo penetre hasta el corazón y que sea el corazón quien salga hasta el mundo, ésa es la cuestión»

Tal es la tercera y última lección. Un ejercicio que aspira a producir un auténtico milagro: recibir al mundo en el centro mismo de nuestro yo, no en sus periferias, y salir al encuentro del mundo desde nuestro corazón, no desde sus envolturas. Lo aclararé a mi manera:

El yo humano es una unidad compleja. No puede ser imaginado más que como uno y único, pero integrando en esa unidad, a modo de círculos concéntricos, cuatro modalidades distintas. En el más exterior de esos círculos está el ámbito de la sensibilidad. Es mi yo en cuanto que ve, oye, gusta, siente... Más adentro está la inteligencia. Mi yo en cuanto capaz de pensar, relacionar, discurrir.. Más adentro todavía está el ámbito de los afectos. Es mi sentimental, capaz de emitir afectos y ser afectado por ellos... Y más adentro aún, en el puro Centro, está el corazón, sede última de todas las manifestaciones del yo, lugar de la verdadera libertad del ser humano, lugar también donde aspira a entrar y configurar el Espíritu de Dios.

Imposible imaginar estos cuatro círculos como separados y estancos. Todos ellos forman una unidad, todos ellos mantienen una continua intercomunicación. Ello no impide, con todo, que cada una de las modalidades del yo mantenga una autonomía relativa. Una capacidad de ejercicio en su propio ámbito, posibilitado por los otros e incidiendo sobre ellos.

Pues bien, ese esquema, por imperfecto y simplificador que resulte, nos ayuda a comprender dos cosas. *Una*: que las cosas, las personas y, en general, el mundo exterior a nosotros pueden llegar hasta el centro del yo, hasta el corazón, repercutiendo sobre él, conmoviéndolo, movilizándolo. O que, por el contrario, puede quedar atrapado e interceptado en alguno de los otros ámbitos del yo -bien sea el de la sensibilidad, o el de la inteligencia, o el de la afectividad-, pero sin llegar al centro. *Dos*: que, a la inversa, nuestro yo puede salir al encuentro de la realidad exterior a él, o bien desde el corazón, o bien desde alguno de los otros componentes del yo, como los afectos, la inteligencia o la sensibilidad.

¿Dónde radica la diferencia? ¿En qué difieren los resultados de uno y otro proceso?

Obviamente, en la unificación o no del sujeto, en su «enterización» o no a la hora de recibir al mundo o de salir hacia él. Cuando el mundo llega hasta mi corazón -recordemos que el corazón es la sede de los pensamientos, sentimientos y decisiones-, es todo mi yo quien queda afectado por el mundo, no una parte de él solamente. Cuando salgo al mundo desde el corazón, es el mundo quien recibe mi entera y unida realidad, no sólo una parte de lo que soy.

¿Qué dice la escuela ignaciana del corazón a este respecto? ¿Qué ejercicios de unificación propone para ese doble movimiento espiritual? Me atrevo a sugerir los siguientes. Con ellos daré fin a este artículo:

1º. En una lectura teologal del mundo, tal como la proponíamos al comienzo de estas líneas, la realidad exterior a mí no está hecha de datos brutos, de hechos mudos. Está hecha de cosas y personas que son dones y que, además, están habitados por el Dador. Dios está en las cosas dando(las) y dándose en ellas, habitándolas, trabajándolas, descendiendo a ellas (EE 234-237). Siendo esto así, ¿cómo aprisionarlas, cuando llegan a mí, en el solo ámbito de la sensibilidad, o de la inteligencia, o de la emotividad...? Son cosas y personas sagradas, habitadas por Dios, a través de las cuales Dios mismo quiere dirigirme su amor y su llamada... ¿Cómo no recibirlas en mi Centro más profundo para entablar desde él un diálogo fecundo con ellas y con Él? Es mi mismo corazón el que ha de implicarse en la recepción de una realidad en la que Dios se me acerca hasta tal punto y de tal manera. El lugar humano en el que Dios aspira a habitar es el corazón, no sus periferias.

Esa escuela nos invita a mantener siempre una mirada contemplativa sobre lo real, esa «larga y amorosa mirada sobre las cosas...». Una mirada que primero conoce las cosas, los acontecimientos y las personas como son, y después los re-conoce como sacramentos vivos de la presencia y cercanía de Dios a nuestras vidas. Una mirada que, al verlo todo como don, se inunda de agradecimiento y de deseo. Una mirada que, por todo ello, puede romper ya sin miedo los cercos de hierro que mantienen al yo prisionero de sus propios intereses y hacer que salga «del propio amor, querer e interese» al encuentro con el mundo, en un movimiento de amor puro, no distorsionado, semejante al de Dios.

2º. Ahora bien, esa mirada contemplativa sobre lo real que posibilita el que podamos salir al encuentro del mundo desde nuestro Centro y que la realidad pueda llegar hasta nuestro corazón sin quedar prisionera en sus periferias, depende -mucho más de lo que quisiéramos creer y aceptar- de la configuración de nuestra sensibilidad. No llegamos a las cosas más que viéndolas, oyéndolas, tocándolas, oliéndolas, gustándolas. Nuestra contemplación de la realidad está necesaria e inevitablemente mediada por nuestros sentidos, al igual que el acceso de la realidad hasta nuestro corazón.

Pues bien, la vida nos enseña hasta la saciedad que ese «filtro» de los sentidos no es inocente. Vemos, oímos, gustamos la realidad con intereses previos, y lo mismo sucede con el resto de los sentidos. Esos «intereses» previos de los que está *tocado* nuestro acceso a lo real, y el acceso de lo real hasta nuestro Centro de decisión, necesitan ser evangelizados. Si queremos tener sobre lo real una mirada como la del Señor, si queremos que la realidad llegue, conmueva y movilice nuestro corazón como llegó, conmovió y movilizó el suyo, hemos de aprender a mirarlo, oírlo y gustarlo todo *como* él. Hemos de adquirir progresivamente una sensibilidad semejante a la del hombre Jesús, para el cual todo, especialmente la realidad maltratada, fue «medio divino»: lugar de adoración, de encuentro y de servicio a Dios, no lugar en el que proyectar los intereses distorsionantes del yo.

Hay que desconfiar de las conversiones «sólo interiores», pues la experiencia da que no suelen ser tales. Porque, si afirmamos que el ser humano es una unidad que se exterioriza hacia fuera y se abre hacia dentro desde los diversos ámbitos del yo, difícilmente podremos hablar de una persona convertida si la conversión no ha alcanzado a todos esos ámbitos. En caso contrario, esos ámbitos del yo mantendrían entre sí una independencia total.

Ignacio intuyó con suma claridad este problema y quiso mirarlo de frente. Sólo cuando mis sentidos miren, oigan, toquen, huelan y se dejen afectar como los de Jesús, saldrá de mi corazón una reacción ante lo que veo, oigo, huelo y toco semejante a la suya. Hasta entonces, y mientras ande fiado únicamente de mi supuesta conversión interior, nunca estaré seguro de mi reacción cristiana en lo concreto de la vida. En lo concreto y diario de mi vida, la mayor parte de mis decisiones, esas que forman el tejido real de mi existencia, se juegan en el ámbito de la sensibilidad, no en el del corazón. Nuestra Conversión «real» al Señor, por tanto, esa que se verifica en la vida y no exclusivamente en el pensamiento o en el deseo, incluye una creciente con-naturalidad de nuestra sensibilidad con la del Señor. Hasta entonces, todo está por ver.. No somos, sin más, ni lo que pensamos ni lo que deseamos, por más que esta constatación le reviente a nuestro innato narcisismo.

Ignacio creyó que la conversión de nuestra sensibilidad a la del Señor era fruto de dos tipos de ejercicios: de la admirada, agradecida y amorosa contemplación de los misterios de la vida de Cristo y de un progresivo olvido de nosotros mismos que nos lleve a desvivirnos por los demás. Tal era para él el precio de la gracia de ver a Dios en todo como alternativa a convertirlo todo en objeto de la codicia de nuestro corazón.

Y naturalmente, si, como hemos visto, la influencia de los ojos en el corazón es grande -«ojos que no ven, corazón que no siente»-, la inversa no es menos real -«corazón que no siente, ojos que no ven»-. *Ubi amor, ibi oculus*, que decían nuestros mayores. Por la misma razón: porque somos una complejidad permeada, no estanca. El Evangelio dice en muchas ocasiones que a Jesús «se le conmovieron las entrañas»;

pero ese verbo va precedido frecuentemente por otros como «ver», «caminar», «salir al encuentro», «desembarcar»... Y a la inversa: sólo desde esa entraña de compasión es como Jesús cala hondo en las personas, las ve en toda su hondura. «Mujer, qué grande es tu fe»; «Vete en paz, tu fe te ha salvado».

3°. Un hombre o mujer así de con-figurados con el Señor, tanto en su sensibilidad como en sus sentimientos, son un modelo de hombre o de mujer unificados. Son, sobre todo, un milagro. A ese hombre y mujer se les va haciendo cada día más familiar el encuentro con Dios en todo, eso que constituye el requisito y la meta de toda espiritualidad apostólica. Ignacio confesaba al final de sus días que su vida había sido un progreso continuo en «esa devoción».

¿Estamos ante un imposible humano? Así nos lo parece muchas veces. Pero a esa impresión le salen al paso dos hechos que la contradicen, llenando nuestro corazón de esperanza. El primero es que hay gente real -hombres y mujeres reales- que *parecen vivir así*.- con-naturalmente inmersos en un clima de Dios y de Evangelio que se manifiesta hacia fuera en sus vidas y en sus hechos. Pacíficamente unificados, pacíficamente enterizados, atentos siempre a los otros y transidos de Dios. El segundo es que, a medida que vamos teniendo más años y la superficie de las cosas nos confunde menos, empezamos a barruntar primero, y sentir después, que esa gracia de Dios está ofrecida y disponible también para nosotros. Esa creciente con-naturalidad de verlo todo por los ojos y el corazón de Dios... ¿Por qué no aceptar esa gracia ofrecida, en vez de que quedarnos paralizarnos y escépticos ante ella?

Hemos empezado hablando de las tres obsesiones que atenazan al corazón del hombre cuando nos recibimos de otras fuentes distintas de Dios y nos orientamos hacia otros reinos distintos de su Reino. Hemos seguido hablando, en segundo lugar, de la perenne y resbaladiza tentación -una mentira peligrosa que aparece como verdad- de solucionar las inseguridades y miedos de nuestro yo a través de las pulsiones a la codicia que anidan en nuestro corazón. Hemos abordado, finalmente, la dificultad que sentimos en salir al mundo desde el corazón y en que el mundo llegue hasta él... Y en cada uno de esos tres niveles de dificultad hemos expuesto algunas de las terapias humanas y espirituales que ofrece la escuela ignaciana para sanar las enfermedades del yo.

Era cierto. Más que perversos, somos «ignorantes». Por eso, y en mayor o menor medida, todos necesitamos pasar año tras año por la *escuela del corazón*.